

En 2016, la Fundación Juanelo Turriano (Madrid) activó un ambicioso proyecto de I+D del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, «El dibujante ingeniero al servicio de la monarquía hispánica. Siglos XVI-XVIII: ciudad e ingeniería en el Mediterráneo». Fruto del mismo ha sido la producción de diversos textos científicos, algunos de los cuales conforman el presente volumen, centrados en la Monarquía de los Austrias.

En una sociedad altomoderna señorial en la que el mayor señor era el soberano, que otorgaba su gracia real en una relación directa entre monarca y súbdito, se trasladaba el mismo modelo, de vinculación mediante el favor, a los niveles inferiores de poder, en un sistema de patronazgo. Por ello, el concepto que rige la filosofía del volumen en su gavilla de estudios es la expresión tan castellana en la época de «ser hechura de», «ser criatura de», es decir, el vínculo personal que los ingenieros, militares y civiles establecían con su protector en su actuación, ya fueran reyes, validos y favoritos, o nobles magnates, gracias a los cuales y a su poder político por delegación regia desarrollaban sus proyectos constructivos. En correspondencia con una monarquía compuesta por agregación de naciones, hubo así ingenieros no solo españoles sino franceses, italianos, belgas o alemanes vinculados a proyectos nacionales. El gran poder territorial de virreyes y gobernadores, por otro lado, favorecía esa relación personal de los ingenieros con esos próceres poderosos, a su vez, hechuras del poder regio.

El trabajo de los ingenieros estaba marcado por dos circunstancias relevantes: la movilidad derivada de la propia naturaleza de su trabajo arquitectónico, y la fidelidad que debía guardarse en ese mundo de redes de poder clientelares a grandes militares o gobernantes, muchas veces avezados en el conocimiento de la arquitectura de fortificación y su vínculo con las matemáticas. Es el caso de don Juan José de Austria, por citar un ejemplo postrero. Así, el interés por las matemáticas de Felipe II, impulsor de la Academia Real de Matemática en Madrid (1584), tenía mucho que ver con la necesidad de artifices servidores de la Corona –geómetras, pilotos, cosmógrafos, maquinistas, artilleros, perspectivas, horologiógrafos y, en fin, ingenieros– que sustentaran científicamente el empeño militar de la dinastía en sus empresas bélicas, caso de Flandes, donde la lucha palmo a palmo hacía que cualquier baluarte fuera capital. El concepto de «ingeniero» era distinto al actual pues se ligaba a la raíz etimológica de «ingenio» como máquina de guerra, mientras que los «fortificadores» se vinculaban a la arquitectura antes que a otra disciplina, como explican Cámara y Vázquez en su texto introductorio, apoyadas en una autoridad como Juan de Herrera. Los fortificadores eran muy



Louis Morin, L'infant prodigue. Paris: Delagrave, 1898 [RB INF/3144]

útiles a los gobernantes pues no solo eran militares sino consumados constructores que podían levantar puentes, erigir edificios urbanos incluso y operar como instrumentos de la obra pública del virrey o gobernante territorial. Cámara y Vázquez inciden en la comunidad de códigos que existió entre patronos e ingenieros derivada de un origen social también cercano, si bien los primeros procedían de grandes linajes y los segundos eran servidores con *virtù*, según el sentido que le otorga Maquiavelo: hombres con destreza para la utilidad pública.

Esta perspectiva sociológica de estudio, las relaciones de patronazgo y fidelidad, supone una aproximación nueva al conocimiento de las fortificaciones europeas, tanto mediterráneas como continentales, ya que la investigación que tradicionalmente ha inspirado resulta, por encima de todo, autorreferencial, es decir, centrada en la significación militar de la propia edificación por su capacidad defensiva, la singularidad derivada de su geolocalización y la historia particular de asedios y defensas de cada emplazamiento. La historia militar, muy centrada antaño en los hechos de armas, se abre hoy a valoraciones diversas que implican, entre otros, análisis económicos. Cabe recordar en este sentido el quebradero de cabeza que supuso la construcción del *castello* de Siena para el gobernador de esta plaza estratégica, hacia 1550, don Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), siempre quejoso en sus cartas al cardenal Granvela –entonces obispo de Arras– de la falta de dinero para ello.

El volumen se articula en tres bloques, «Nobleza e ingeniería» con cinco aportaciones, «Hechura de», con seis, y «Entre poder y saber», con cuatro. Son así quince las contribuciones realizadas por estudiosos italianos, franceses y españoles. Precede a los textos la ya aludida introducción de las editoras literarias, Alicia Cámara (UNED) y Margarita Ana Vázquez (UAM-Instituto Universitario La Corte en Europa), en la que promueven la pertinencia de abordar las relaciones personales entre los ingenieros militares y los grandes señores de la guerra o gobernantes poderosos, sombras del soberano. De hecho, son las relaciones cortesanas las que inspiran el modelo de relación profesional y el intercambio científico, con fines militares, entre distintas cortes europeas. No en vano, resultaba habitual que todo buen cortesano conociese al menos la teoría del *arte de la guerra*, y, no pocas veces, supiese hacer trazas de territorios, leer mapas o cono-

AVISOS

cer la topografía de los grandes ríos. El hecho de que uno de los grandes cartapacios de trazas conservados en la Real Biblioteca, [MAP/416], pertencesiese a la librería del gran hombre de Estado que fue Antoine Perrenot de Granvelle (1517-1586), como dio a conocer el profesor Bouza en su día [Avisos, núm. 5 (1996)], no obedece a cuestiones de mera representación sino a efectos prácticos de toma de decisiones. Por la misma razón, casi todos los virreyes napolitanos volvían a España con esos grandes cartapacios de trazas de fortificaciones, obtenidos para mejor ejercicio de su gobierno.

El esfuerzo de la Monarquía hispana en estas edificaciones, representativas del propio poder del monarca, sí que ha merecido ya desde hace tiempo estudios modernistas de nuevo cuño. Cabe señalar los de Carlos José Hernando, *Las fortificaciones de Carlos V* (Madrid, Ministerio de Defensa, 2000) y los relativos al sistema defensivo napolitano, del que es buen conocedor por ser especialista en el largo virreinato de Pedro de Toledo y en el Nápoles *spagnolo* del xvi. Suyo es el texto que abre el volumen, centrado en los Toledo y su política de fortificación.

La segunda de las aportaciones del bloque primero, a cargo de Almudena Pérez de Tudela, aborda las relaciones del cardenal Granvela con don Fernando de Lannoy (1520-1579) y refleja la amistad entre ambos, justificada por la pericia de Lannoy como fortificador, traxista, diseñador de cañones y cartógrafo. El artículo se completa con un valioso apéndice de documentos que recoge cartas conservadas en Simancas y Besançon. Oronzo Brunetti firma el siguiente texto, dedicado a Alessandro Farnese y su interés por la arquitectura militar desde su adolescencia, ya en Parma. Una estancia en España le permite acrecentar notablemente su formación en disciplinas que le ayudarán en su vida militar. Tras su intervención en Lepanto se centrará en volcar esos saberes de matemática, astronomía, prospectiva y arquitectura en el gran tablero militar de las guerras de Flandes primero y con Francia después, rodeado de eficaces ingenieros como Pierre Le Poivre [se conservan muestras de su obra en la Real Biblioteca: II/523 y el referido MAP/416], Gabrio Serbelloni y otra media docena de artífices muy cualificados. El siguiente texto, de Margarita A. Vázquez Manassero, trata del vínculo del Condestable Juan Fernández de Velasco, duque de Frías, embajador en Inglaterra y gobernador de Milán (1592-1600), y los ingenieros. El trato con Gabrio Busca fue muy estrecho, como refleja su muy agradecida dedicatoria a su patrón en su *Della Architettura militare* (1601). Se hace una aproximación detenida a los libros militares de fortificación presentes en la famosa biblioteca del Condestable, primero, y luego a su actividad fortificatoria como gobernador en Milán. Annalisa Dameri, en un texto dedicado a Cristina de Francia (1606-1663), hija de Enrique IV y de María de Medici, muestra cómo el interés por la ingeniería militar no fue solo propio de varones. En Turín, después de 1630, Cristina se ocupó directamente de las reconstrucciones del Palazzo Madama, al ser su residencia personal, y de las obras del Castello del Valentino y del Palazzo Reale, en compañía gestora del conde Castellamonte, que pese a sus grandes obras civiles dedicó sus últimos años a la labor zapadora propiciada por la campaña militar de 1638 en la zona, dejando inédito un importante tratado, *Le trinciere*.

El segundo bloque prolonga el contexto italiano en el artículo de Marino Viganò, dedicado a la figura de Giovan Giacomo Paleari Fratino, miembro de una reconocida familia de ingenieros, y servidor de Felipe II en el Milanésado desde 1560. Sigue la colaboración de Lina Scalisi sobre el duque de Terranova, Carlo d'Aragona Tagliavia, *presidente del regno* de Sicilia en diversas ocasiones, un estudio centrado en su relación con Antonio del Nobile, ingeniero mayor del reino desde 1572. Consuelo Gómez trata a continuación de Giovanni Francesco Fiammelli, autor de *Il príncipe difeso* (Roma, 1604). Matemático florentino, dio a la imprenta otros escritos como *La riga matemática* (Roma, 1605) o *Il príncipe cristiano guerreiro* (Roma, 1602). El francés Émile D'Orgeix se aproxima a Louis Nicolas de Clerville, ingeniero militar de gran predicamento en la corte francesa, muerto en 1677, y que fue, según Mazarin, el mejor de todo el reino de Francia. La aportación de Dolores Romero está dedicada a los Grunenbergh en la corte española de la segunda mitad del xvii. Alemanes asentados en Bruselas, llegaron para servir en los últimos esfuerzos militares continentales de Felipe IV. Intervinieron más tarde en la fortificación de Mesina y en empeños civiles como el canal artificial del río Manzanares, rechazado por los corregidores madrileños por su novedad. Volvemos a Francia con el siguiente texto, de Isabelle Warmoes, sobre Jacques Tarade (1640-1722), director de fortificaciones en la región de Alsacia. Tarade pasó de *architecte des bâtiments* y de sus actuaciones parisinas a trabajar como ingeniero militar en la región, entre 1661 y 1712, vinculándose mucho a Vauban, al que consideraba su principal patrón.

Para abrir el tercer bloque Maurizio Vesco comenta documentación de los archivos centrales del reino a efectos fortificatorios del siglo xvi y transcribe dos documentos del Archivio di Stato di Palermo, ambos de 1583. Francesca Martorano se centra en la Calabria de los siglos xvi y xvii y la relación entre las familias feudales y la fortificación. En el texto que cierra el volumen Raffaele Tamalio se ocupa de Giovan Battista Bertani (ca. 1516-1576), «prefetto delle fabbriche» en el ducado de Mantua y al que vincula con la vida artística mantuana y las inquietudes de los Gonzaga, más allá de su intervención en el Palazzo della Corte ducal. El volumen se cierra con una recapitulación sobre la figura del ingeniero cortesano en tiempos de Felipe III a cargo de Alicia Cámara Muñoz.

En definitiva, el conjunto de estudios reunidos en «*Ser hechura de*»... supone una aportación novedosa y necesaria para el conocimiento de la actividad de los ingenieros militares en la Monarquía de los Austrias.